

“SÓLO HAY QUE TENERLE TEMOR A DIOS Y A MÍ, EN TODO CASO, UN POQUITO”

Ismael Crespo

Resumen

En este artículo se expone la construcción discursiva de la Presidenta Argentina, así como los efectos que su campaña permanente busca conseguir en la ciudadanía.

Palabras clave: discurso; Argentina, Presidenta.

Abstract

This article exposes the discursive construction of the president of Argentina, and the effects that her permanent campaign seeks to get on the Argentinean citizenship.

Keywords: speech; Argentina, President.

Con estas palabras se despachó la Presidenta de Argentina en un encendido discurso transmitido por cadena nacional, lo que significa que todas las emisoras se pliegan ante el pedido del ejecutivo suspendiendo sus programas habituales para transmitir las alocuciones de la Presidenta, que cada vez guardan más similitudes con el tono de los interminables monólogos de su amigo Hugo Chávez. Enfadada a ratos, crispada en otros momentos, articula mensajes racionales que intercala con recuerdos emotivos hacia ÉL (como así nombra, sin decir su nombre, a su difunto marido y ex presidente entre 2003 y 2007); así son los discursos cada vez más frecuentes de la Presidenta argentina. En estos mensajes lo más importante es la recurrente utilización del miedo: la Presidenta regaña sin cesar a jueces, empresarios, opositores, y claro, a su bestia negra, a los propietarios del principal grupo de comunicación del país, el Grupo Clarín, al que amenaza en sus discursos y luego decreta medidas gubernamentales para ir cerrando sus espacios de expresión, y de negocio.

Algunos piensan que estos ejercicios de histerismo comunicacional de la Presidenta se explican más por su carácter que por una acción de gobierno premeditada y planificada, sin embargo, hay muestras más que suficientes para demostrar que muy al contrario, se trata de una puesta en escena perfectamente acomodada por su equipo de asesores, que buscaría cumplir al menos tres objetivos a corto y medio plazo en un contexto de continuo descenso de la popularidad de la mandataria rioplatense.

El primer efecto que busca es mantener entre sus seguidores el mito reforzado del gobierno nacional popular, como por estos lares llaman al viejo populismo

peronista. Un mito de gobierno que está rescribiendo la historia del país, la de los personajes del pasado, convertidos unos en villanos y otros en héroes, y que narra la política en clave de continua confrontación entre los malos (la oposición y todo lo que ella encarna) y los buenos: la lucha dialéctica entre el bien y el mal. En esa recreación del pasado y en el adoctrinamiento del pueblo argentino, no podía faltar el recurso a las imágenes de los personajes convertidos en Santos de la nueva fe. Así, tras el ondulante pelo de la Presidenta, que mece y mece según habla, aparece la figura de Eva Perón, cuya marca se ha convertido ahora también en la denominación oficial de aquello que más les gusta a los argentinos, el fútbol, y la Liga Eva Perón.

Este culto a la personalidad buscado mediante la generación del efecto de trasposición entre la figura de Eva Perón y la de la actual Presidenta, es reforzado a niveles de educación cívica con la presencia en las escuelas del Eternauta, recreación en cómic del héroe (Néstor Kirchner) que llega para hacer frente a los malvados y salvar al país. Sería bueno recordar a los asesores de la Presidenta, algunos de los cuales hunden sus raíces políticas en el maoísmo, que Mao ya practicó esta estrategia del culto a la personalidad, con notable éxito, sin duda, si bien hoy en día en todo Beijing no queda más que un retrato suyo, el de su Mausoleo. Mantener el grado de movilización de los fieles a veces tiene precios desorbitados para la sociedad en su conjunto, generando o profundizando brechas políticas y sociales que generan estados críticos. Esperemos que esta primavera que ahora se inicia en el continente austral no sea prólogo de las “flores de marzo” que minaron lo poco que quedaba de la República de Weimar al inicio de la década de los treinta.



Cristina Fernández y Hugo Chávez

El segundo efecto de los discursos de la Presidenta argentina es de carácter de corto, casi diría, de inmediato plazo. Se trata de presentar en el marco de esa narración mítica, casi epopéyica, en esa mezcla entre lo divino y lo humano, a los enemigos del pueblo, y las líneas políticas que su gobierno va a poner en marcha para evitar que las maldades de éstos puedan parar el proyecto de progreso nacional popular. En algunos casos las referencias son claras, en otros más ambiguas, pero no cabe duda de la interpretación de lo dicho, pues al día siguiente, los adictos, entre los que destacan el vicepresidente Amado Boudou, y el viceministro de economía Axel Kicillof, descargan la artillería sobre el objetivo trazado por la Presidenta en su discurso.

La utilización de la artillería, por expresar un lenguaje militar muy apropiado al escenario en el que nos encontramos, recurre sin el menor pudor a lenguajes de corte mafioso. Así, hace apenas dos días, el viceministro de economía amenazó explícitamente al mayor grupo industrial del país con hundirlo: "(...) habría que fundirlo (en referencia al Grupo Techint) por criticar el modelo (económico)", aunque más tarde aclaró que el Gobierno no lo hará. Lo más triste del caso es que el titular del Grupo industrial escribió de inmediato una carta a la Presidenta disculpándose por sus críticas a la falta de competitividad de la economía argentina, carta que la Presidenta hizo pública (con el permiso del autor). En efecto, parece que la Presidenta tenía razón en su discurso, hay que temerla, aunque sea un poquito; lo lastimoso no es ya que se diga, sino que encima sea cierto. De ahí, que los discursos de la Presidenta juegan ese papel de poner a los actores en juego, que sean los pistoletazos de salida para la agenda política, por llamarlo de alguna manera, de la semana o del mes, hasta el próximo discurso: ¡qué tiemble Clarín!

En tercer lugar, los discursos de la Presidenta nos alejan de la realidad y encubren los problemas cada vez más graves por los que atraviesa la sociedad argentina: la inflación está desbocada y ya supera en mucho las previsiones de las consultoras privadas que la situaban este año alrededor del 30%, sobre todo en productos de primera necesidad, en lo que comúnmente se conoce como la canasta básica saludable. También están descontrolados los precios de los productos importados, y eso cuando los hay, que no siempre, en especial los repuestos o suministros básicos operativos, gracias a la política ultra proteccionista y de trabas a las importaciones para evitar la salida de divisas, tan

necesarias para solventar la deuda contraída por el país como para prever el pago de la fiesta de las próximas elecciones intermedias de octubre (quizá antes) de 2013. A ello se suma la cada vez más inquietante inseguridad, no sólo física, sino también jurídica, que afecta a la vida cotidiana de los ciudadanos de los grandes núcleos urbanos y al desempeño de los particulares, y las empresas tanto nacionales como de inversión extranjera. Medidas recientes sobre las trabas al uso de divisas limitan fuertemente la posibilidad de viajar al extranjero, con estrictos controles sobre el gasto en el exterior, y la explícita recomendación del gobierno argentino, si quiere usted ir de veraneo, quédese en Argentina. De estos asuntos apenas se trata en las alocuciones presidenciales, y cuando se hace, se utiliza un tono maternal, lo que mejor conviene a los argentinos, incluso limitando libertades civiles básicas en cualquier estado de derecho como es la libertad de movimientos, sin tener que dar cuenta de ello ni a dios ni al diablo.

Pero sobre todo, los discursos presidenciales encubren el gran tema de fondo de toda esta odisea, de este viaje sin rumbo, amenazado por los peligros reales e inventados. Se trata de la relección. Y para ello es necesario reformar la Constitución. Y para esa reforma se necesitan dos tercios de las Cámaras, de los que hoy no se dispone, pero que se constituyen en el objetivo del gobierno de cara a las elecciones intermedias de 2013. Y para ello, el país debe seguir generando una inmensa masa de personas dependientes del poder presidencial, de las subvenciones, de los subsidios, de las prebendas. Este mecanismo ya lo inventó el PRI hace más de 70 años, y le funcionó hasta que la sociedad mexicana se modernizó y fuertes grupos sobre todo en las grandes urbes dejaron de depender del poder político. La diferencia, en todo caso, entre ambos, es que mientras que el PRI se fagocitó al Estado, en Argentina es el Estado quien se ha comido a la sociedad.

Bienvenidos a la República Bolivariana de Argentina.



Ismael Crespo

Catedrático de Ciencia Política

icrespo@um.es